

FACTORES MODULADORES DE LA CONDUCTA AGRESIVA Y PROSOCIAL. EL EFECTO DE LOS HÁBITOS DE CRIANZA EN LA CONDUCTA DEL ADOLESCENTE

Ana M. Tur*, M^a. Vicenta Mestre* y M^a. Victoria del Barrio**

*Universidad de Valencia, **UNED

Resumen: La investigación que se presenta se realiza sobre una muestra aleatoria de 531 adolescentes de edades comprendidas entre los 12 y 16 años, que representan a la población general. Ésta persigue un doble objetivo, el primero trata de analizar la relación que mantienen la conducta prosocial o la conducta agresiva con la estabilidad emocional. El segundo objetivo se centra en estudiar el peso que ejercen los factores estructurales de la personalidad, así como los relacionados con la crianza en la disposición prosocial del sujeto. Los resultados muestran que la *estabilidad emocional* constituye un factor fundamental para establecer relaciones empáticas y positivas con el entorno; a su vez aparece como un factor de riesgo relacionado con las manifestaciones de agresividad física y verbal del sujeto. Asimismo, los factores estructurales de la personalidad de *Amistad* y *Conciencia* son los que tienen mayor peso en las conductas altruistas y prosociales. En este sentido, la capacidad del sujeto de empatizar y de cooperar ante las necesidades de los otros, así como la aptitud de autorregulación y de autoorganización de la conducta se relacionan con la prosocialidad.

Palabras Clave: Conducta Agresiva, Conducta Prosocial, Crianza, Estructura de la Personalidad, Estabilidad emocional.

Introducción

La familia y el entorno en el que el niño crece y madura aporta unos modelos a seguir y, al mismo tiempo, sirve de peso para la ejecución de las conductas futuras. El contexto familiar llega a constituirse como una especie de precursor del desarrollo de las conductas del niño, entre las que se en-

Abstract: The research done on a sample of 531 teenagers of ages ranging between 12 and 16, representative of the general population, has two objectives: first, to analyze the relationship that can be established between the prosocial and aggressive behaviour and the emotional stability. Second, to study the influence that they have upon structural factors of the personality related to the upbringing, and the prosocial disposition of the subject. Hence, the results show that the emotional stability constitutes a fundamental factor to establish relations of empathy and positiveness with the environment. Likewise, emotional stability is a factor in physical and verbal manifestations. Moreover, within the structure of the personality, the most important factors are Friendship and Conscience as far as altruistic and prosocial conducts are concerned. The factor of Friendship evaluates the capacity to empathize and cooperate before the needs of others. The aptitude of conscience evaluates the capacity to persevere and reorganize behaviour.

Key words: Aggressive Behaviour, Prosocial Behaviour, upbringing, Structure of the Personality, Emotional Stability

Title: *Moderating factors in aggressive and prosocial behaviour. The effects of breeding habits in adolescent behaviours*

contran la agresión y la ansiedad. Es por ello que los estilos de crianza forman una de las variables ampliamente estudiada, ya que se considera que los padres son la fuente primaria de adquisición de pautas y de valores (Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000).

En este sentido, se ha comprobado que las relaciones familiares conflictivas, basadas en actitudes rígidas y prácticas disciplinarias duras y poco consistentes, provocan niños que tienen mayor probabilidad

* Dirigir la correspondencia a: Dra. Ana M. Tur, Facultad de Psicología. Departamento de Psicología Básica. Avda. Blasco Ibáñez, 21. 46010. Valencia. SPAIN

© Copyright 2004: de los Editores de *Ansiedad y Estrés*
Artículo recibido: 4-9-03; Aceptado: 23-3-04.

de manifestar conductas antisociales (Kazdin, 1985; Kazdin y Bucla-Casal, 1996). Igualmente, los climas emocionales fríos e irascibles, y con pocas manifestaciones de cariño por parte de los padres, forman un caldo de cultivo que potencia la afloración de los trastornos en los niños (Cummings y Zahn-Waxler, 1992). Las relaciones familiares frías fomentan sentimientos de rechazo y falta de autoestima y, con bastante probabilidad, facilitan el desarrollo de sentimientos de indefensión, puesto que los niños no cuentan con los recursos necesarios para cambiar una situación tensa por otra más cálida (Caprara y Zimbardo, 1996).

Así mismo, aquellos climas familiares donde reina una disciplina parental inconsistente o con falta de autoridad y de reglas (Baumrind, 1967, 1973) originan disfunciones en la interpretación de las intenciones de la autoridad -los padres, en este caso-, con lo cual el niño desarrolla percepciones poco claras y ambiguas respecto al comportamiento social aceptable.

Todo esto fomentará el desarrollo de una mentalidad de supervivencia, lo que estimulará al niño, que vive en un ambiente de riesgo, a convertirse en un niño hedonista, fatalista u orientado hacia el presente (Caprara y Zimbardo, 1996). Estos niños tienden a presentar conductas impulsivas y agresiones reactivas con represalias (Bandura, 1973; Berkowitz, 1993). Tienden, también, a rendir mal en tareas escolares (Rappaport, 1990) puesto que el entorno escolar precisa de una orientación hacia el futuro, es decir, en el contexto escolar se produce un retraso en las gratificaciones, se exige el control de impulsos, la planificación, la perseverancia, la consecución de objetivos... La tendencia a manifestar conductas disruptivas junto a una baja eficacia académica, incrementa el riesgo de involucrarse en conductas antisociales (Bandura,

Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001).

Por el contrario, las relaciones familiares caracterizadas por el afecto y el apoyo, junto con la coherencia en la aplicación de normas, potencian el desarrollo prosocial de los hijos (Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001). Los rasgos maternales positivos acompañados de manifestaciones de sensibilidad hacia los hijos se asocian a cambios no sólo en la conducta sino, también, en el temperamento infantil percibido, de difícil a fácil (del Barrio, 1998). El trato maternal hacia el hijo es, de forma sistemática, más positivo cuando son de carácter tranquilo y poco irritables (van den Bloom y Hoeksma, 1994). Entender a los hijos y conocer sus peculiaridades ayuda a practicar estrategias de crianza marcadas por el afecto, ya que las relaciones estables y afectivas permiten conocer íntimamente a los hijos (Grusec, Goodenov y Kuczyuski, 2000).

Con todo, los niños no son receptores pasivos de las influencias ambientales o de los estilos educativos. La unidireccionalidad, propia de creencias reduccionistas basadas sobre el principio estímulo-respuesta, deja paso a la bidireccionalidad en las relaciones, donde crece el protagonismo de las influencias mutuas paterno-filiales. La estructura personal del niño influye en el trato paterno y éste, a su vez, modifica el temperamento infantil.

En este sentido, las diferencias en el comportamiento manifiesto de los hijos contribuyen a que el trato que éstos reciben de los progenitores sea, también, diferente. Estas desigualdades comportamentales predisponen, a su vez, a que los padres expresen mayor o menor afectividad y mantengan un tipo u otro de disciplina o control (Dunn y Plomin, 1990).

De esta forma, la existencia de ciertas características del contexto familiar es considerada como precursores precoces de agresión infantil y, a la vez, iniciadores de

vulnerabilidad emocional en el niño (Caprara y Zimbardo, 1996). Así ocurre en ambientes donde reinan las manifestaciones continuas cargadas de hostilidad y abuso físico, aún cuando se controlen las variables ecológicas familiares y biológicas del niño (Dodge, Bates y Pettit, 1990). Vivir en un ambiente abusivo potencia el aprendizaje y la sensibilidad a la hora de sobre interpretar posibles intenciones de hostilidad en los demás. A la vez, dicho ambiente estimula los mecanismos de defensa, de huida y de lucha ante potenciales ataques. La socialización se realiza mediante repertorios alterados o desequilibrados de conductas agresivas, lo cual puede conducir a una orientación de poder coercitivo (Patterson, 1982).

Además, la agresión, como constructo multidimensional, está guiado por procesos cognitivos y afectivos que dan lugar a diferentes formas de manifestarla (Caprara, Barbaranelli y Zimbardo, 1996; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001). La conducta agresiva se asocia, en múltiples ocasiones, a situaciones que ponen en peligro el ajuste social y las relaciones interpersonales del sujeto (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994; Bandura, 1991). De ahí la relación ampliamente demostrada entre la agresión y la tendencia a llevar a cabo inferencias incorrectas de las intenciones de los otros y, además, desarrollar juicios anticipados positivos sobre el propio comportamiento agresivo (Dodge y Crik, 1990; Caprara y Zimbardo, 1996).

Los elementos del comportamiento individual y del ambiente social que favorecen conductas indeseadas se consideran factores de riesgo. Por ello, el concepto de riesgo se asocia a normalidad, ajuste, salud y equilibrio (Brambring, Losel y Skowronek, 1989). En este sentido, se consideran manifestaciones de riesgo el sufrimiento físico, la discriminación social, el aislamiento, el rechazo y la criminalidad (Caprara y

Zimbardo, 1996). En otro estudio, se ha demostrado que puntuaciones elevadas en agresividad, junto con inestabilidad emocional y baja conducta prosocial constituyen, también, factores de riesgo (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994).

Desde esta perspectiva nos planteamos el estudio empírico realizado sobre población adolescente dirigido, en primer lugar, a analizar la relación entre la agresividad física y verbal, la conducta prosocial y la inestabilidad emocional. En segundo lugar, a estudiar la conexión entre los estilos de crianza y los trastornos conductuales. Y finalmente, a analizar el peso que ejercen los factores estructurales de la personalidad y los factores ambientales -a través de los hábitos de crianza- en la disposición prosocial de los hijos.

Método

Dada, pues, la relación que puede establecerse entre los constructos psicológicos de agresividad física y verbal, conducta prosocial e inestabilidad emocional se pretende estudiar, mediante la técnica estadística del análisis correlacional, la interacción entre estas tres variables en población adolescente. Con esto deseamos observar la conexión de los tres constructos entre sí. Asimismo, se ha estudiado el efecto de la variable sexo en la conducta prosocial del adolescente a través de análisis de varianza. A continuación se ha llevado a cabo un análisis correlacional entre los hábitos de crianza y los trastornos conductuales de agresividad e inestabilidad emocional manifiestas, con la finalidad de analizar la posible conexión entre los estilos de crianza que fomentan los padres y los problemas conductuales que desarrollan los hijos. Por último, se estudia la vinculación que las variables de inestabilidad emocional y agresividad guardan con la estructura de la personalidad y con los hábitos de crianza, a

través de la técnica estadística del análisis discriminante. Todo ello, con la finalidad de observar el peso que mantienen las variables estructurales de la personalidad y las variables ambientales en el desarrollo de las conductas prosociales. Con esto pretendemos analizar el poder discriminador que pueden ejercer ambas dimensiones, ambiental y estructural de la personalidad, en la conducta altruista y prosocial.

Muestra

La muestra está compuesta por 531 chicos y chicas adolescentes escolarizados en la Etapa Educativa de la Secundaria Obligatoria, cuyas edades oscilan entre los 12 y los 15 años aunque, debido a la repetición de algunos cursos a lo largo de su escolarización, aparecen 22 alumnos con 16 años y 7 con 17 años. Estos últimos alumnos se han incluido en el apartado de 15 ó más años, dado que el número no es significativo. De los 531 sujetos, 254 acuden a la escuela concertada y 274 a la pública.

En la selección aleatoria de la muestra han participado Centros de Primaria y de Secundaria de diferentes Municipios de las tres provincias de la Comunidad Valenciana. Las localidades tienen la mayoría entre 30.000 y 60.000 habitantes, aunque una de ellas, la capital, tiene 700.000. La mayor parte procede de zonas de especialización industrial con la excepción de uno de los municipios, que pertenece a una zona rural en transición a industrial. De los 8 centros que han participado en la recogida de la muestra, 5 son públicos y 3 privados-concertados por la Generalitat Valenciana.

Instrumentos de evaluación

Los instrumentos, que han servido de base para el estudio, fueron cumplimentados por los alumnos y sus madres. Un equipo de profesionales se desplazó a los Centros escolares y llevó a cabo la evaluación a todos los estudiantes, a excepción del *Cuestiona-*

rio de Hábitos de Crianza de Gerard (1994), cuya información procede de las madres, que fue entregado a las mismas a través del profesorado de los Centros y acompañado de una carta de presentación. Dichos instrumentos son los siguientes:

Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M) (Gerard, 1994) (Adaptación española de Roa y del Barrio, 2001). Valora las actitudes de la madre hacia la crianza y hacia los mismos hijos. Consta de 78 ítems de formato de respuesta de cuatro alternativas presentadas en una escala de frecuencias tipo likert que difiere según los ítems sean directos o inversos. De éstos, 56 son directos y 26 inversos. Los ítems directos fundamentan la formulación sobre las dificultades percibidas acerca de la crianza, como por ejemplo, "Tengo problemas para imponer disciplina a mi hijo". Los inversos, por el contrario, se basan en la percepción positiva de la madre hacia la crianza, como por ejemplo "La paternidad es una cosa natural para mí" y "Quiero a mi hijo tal como es".

Estos ítems se encuentran distribuidos en 8 escalas: *Apoyo, Satisfacción por la crianza, Compromiso, Comunicación, Autonomía y Disciplina, Distribución de Rol y Deseabilidad Social*.

Los resultados psicométricos, realizados por el autor del cuestionario a través de población estadounidense, alcanzan una consistencia interna entre .70 y .88, mediante el alfa de Cronbach, siendo la fiabilidad test-retest entre .68 y .93. En población española, el alfa oscila entre .48 y .68 (Roa y del Barrio, 2001). En nuestro estudio la consistencia interna va desde .52 a .70.

Emotional Instability Scale (E.I.) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Adaptación española de del Barrio, Moreno y López (2001)

Consta de 20 ítems cerrados con formato de respuesta triple, que describen la

conducta del adolescente relacionada con la falta de control en las situaciones sociales y asociada a una baja capacidad para contener la impulsividad y la emocionalidad. El coeficiente alfa de Cronbach obtiene un resultado de .82 (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994). En población española ha resultado de .67 (Mestre, Samper y Frías, 2002). Y en este caso de .71.

Physical and Verbal Aggression Scale (A.F.V.) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Adaptación española de del Barrio, Moreno y López (2001). La prueba consta de 20 ítems con formato de respuesta triple, cuyo objetivo es mostrar la conducta del niño encaminada a atacar a los demás, bien física, bien verbalmente, como por ejemplo "Tengo ganas de pegar" o "Insulto a los compañeros". El índice de fiabilidad de Cronbach es de .86 (Caprara y Pastorelli, 1993; Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994). En este estudio se ha obtenido un alfa de .73, semejante al de otras investigaciones realizadas en población española (Mestre, Samper y Frías, 2002).

Prosocial Behavior Scale (C.P) de Caprara y Pastorelli (1989, 1993). Adaptación española de del Barrio, Moreno y López (2001). Escala de valoración de la conducta prosocial formada por 15 ítems que, al igual que los anteriores, contiene un formato de respuesta de 3 alternativas. Describe conductas altruistas, de confianza y de conformidad (Caprara y Pastorelli, 1993). Ejemplo de ítems "Hago compañía a mis amigos" o "Comparto con los demás las cosas que me gustan"

El índice de fiabilidad sobre población italiana, alpha de Cronbach se sitúa por encima del .80 (Caprara y Pastorelli, 1989, 1993; Caprara, Pastorelli y Bandura, 1995). En esta investigación ha conseguido un *alpha* de .65. Resultados semejantes a los alcanzados en otras investigaciones realizadas sobre población española, = .60

(Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001; Mestre, Samper y Frías, 2002).

El orden de aplicación de estas escalas, siguiendo las recomendaciones de sus autores, fue: *Inestabilidad Emocional, Conducta Prosocial y Agresividad Física y Verbal* (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994).

Big Five Questionnaire (B.F.Q.) de Barbaranelli, Caprara y Rabasca (1998). Adaptación española de Carrasco (2001). A través de 65 ítems, evalúa los factores que intervienen en la estructura de la personalidad basada en la teoría de los 5 grandes (*Big Five*). Estos factores se refieren a atributos de la personalidad o unidades básicas de su estructura ampliamente validadas en el enfoque lexical (Caprara y Perugini, 1991), que son: *Energía, Amistad, Conciencia, Estabilidad Emocional y Apertura a la experiencia*.

Se presenta mediante una escala tipo likert con formato de respuesta de 5 alternativas, donde la puntuación *ceros* indica 'casi siempre'; *1* corresponde a 'muchas veces'; *2* 'algunas veces'; *3* 'pocas veces' y, finalmente, *4* traduce la contestación de 'casi nunca'. Los ítems están expresados en forma positiva y negativa con la finalidad de controlar la respuesta.

Los índices de fiabilidad del cuestionario, alpha de Cronbach, fluctúan entre .74 y .90 para cada uno de los factores. Analizados de forma independiente, los autores del cuestionario han obtenido una fiabilidad de .74 para el factor *Amistad*; .76 para *Apertura*; .81 para los factores de *Energía* y de *Conciencia* y, finalmente, .90 para *Estabilidad Emocional* (Caprara y Zimbardo, 1996).

En población española, Carrasco (2001) han obtenido una fiabilidad de .87 a través del mismo estadístico alpha de Cronbach, con valores encontrados entre .61 para *Amistad* y .87 para *Conciencia*. En medio se encuentran los factores de *Energía* y *Es-*

tabilidad emocional con .77 y *Apertura a la experiencia* con .82.

Resultados

Los análisis estadísticos de los datos muestran la interacción entre variables personales y ambientales, en diferentes niveles de intensidad, en relación con la agresión, la inestabilidad emocional y la prosocialidad.

En primer lugar, con referencia a *la conducta agresiva, la conducta prosocial y la inestabilidad emocional* cabe señalar que los resultados correlacionales confirman unos índices elevados de conexión, positivos y directos, entre la agresividad física y verbal y la inestabilidad emocional ($r = .667$; $p < 0.01$). A su vez, se observan relaciones negativas entre la conducta prosocial y la agresividad física y verbal ($r = -.281$; $p < 0.01$) y entre la conducta prosocial y la inestabilidad emocional ($r = -.219$; $p < 0.01$) (Tabla 1). Estos resultados apoyan la tesis sobre la importancia de la estabilidad emocional en el mantenimiento de las relaciones sociales (Eron y Huesmann, 1984; Berkowitz, 1974, 1989; Caprara y Pastorelli, 1993; Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994; Bandura, Barbaranelli, Caprara, Pastorelli y Regalia, 2001). La estabilidad emocional constituye un factor fundamental para establecer relaciones empáticas y positivas con el entorno. Asimismo, puede ser un factor de riesgo que facilita la emisión de conductas agresivas. Las diferentes manifestaciones de agresión, bien física, bien verbal, mantienen una relación con el grado de control, autocontrol, alcanzados por los individuos. La inestabilidad emocional, la conducta prosocial y la agresión son factores que se influyen mutuamente. Semejantes resultados corroboran los obtenidos por Mestre, Samper y Frías (2002).

De esta manera observamos que la capacidad del sujeto de empatizar y ponerse

en el lugar de los otros, junto a la estabilidad y el control de las emociones y de los impulsos, conforman unos factores que pueden inhibir la agresión. Al mismo tiempo vemos que la estabilidad emocional estimula las relaciones fluidas con el entorno al facilitar el desarrollo de las conductas empáticas e inhibir las conductas agresivas en sus diferentes modalidades, físicas y verbales.

Tabla 1. Relaciones correlacionales entre Agresividad Física y Verbal (A.F.V.), Conducta Prosocial (C.P.) e Inestabilidad Emocional (I.E.)

	A.F.V.	C.P.	I.E.
A.F.V.	-	-	-
C.P.	-,281**	-	-
I.E.	,667**	-,219**	-

N=531 (I.E.: N=530)

** Nivel de significación de 0,01

En relación con la influencia que pueden ejercer los hábitos de crianza en las conductas adaptadas / inadaptadas, los análisis correlacionales han mostrado una ligera conexión entre ambos extremos, los estilos de crianza y los problemas emocionales.

Los resultados de las correlaciones muestran una relación significativa negativa entre la inestabilidad emocional y los factores de crianza de *Apoyo* ($r = -.154$; $p < 0.01$), *Autonomía* ($r = -.126$; $p < 0.01$), *Disciplina* ($r = -.194$; $p < 0.01$), y *Satisfacción por la crianza* ($r = -.088$; $p < 0.05$). La misma tendencia negativa aparece entre la agresividad y los factores de la crianza de *Comunicación* ($r = -.112$; $p < 0.01$), *Disciplina* ($r = -.117$; $p < 0.01$), *Satisfacción por la crianza* ($r = -.124$; $p < 0.01$) y *Apoyo* ($r = -.099$; $p < 0.05$).

Tabla 2. Correlaciones significativas entre estilos de crianza y los trastornos conductuales de los adolescentes

Cuestionario	Escala del Parent-Child Relationships Inventory (PCRI-M)							
	AP	AU	CO	DS	DI	DR	IC	SA
Inestabilidad Emocional	-.154**	-.126**	ns	ns	-.194**	ns	ns	-.088*
Agresividad Física y Verbal	-.099*	ns	-.112**	ns	-.117**	ns	ns	-.124**

Siendo: AP= Apoyo; AU= Autonomía; CO= Comunicación; DS= Deseabilidad social; DI=Disciplina; DR= Distribución de rol; IC= Implicación crianza; SA= Satisfacción

De esta forma, se observa que la capacidad de mantener relaciones marcadas por el afecto, el apoyo y la comunicación en el hijo, unido al sentimiento de sentir placer y satisfacción por la crianza, así como la facultad de establecer la convivencia familiar en torno a criterios de disciplina sólidos y consistentes estimula formas positivas de interacción con los iguales. Los niños que crecen en este ambiente tienen mayores posibilidades de desarrollar conductas que inhiben la agresión. Semejante situación se produce en cuanto a la inestabilidad emocional. Los ambientes familiares marcados por relaciones de apoyo y afecto, que fomentan la autonomía en la prole y que están basados en criterios disciplinarios firmes y acompañados de razonamientos se relacionan positivamente con el desarrollo de conductas estables emocionalmente. Estos resultados se encuentran en la línea de los obtenidos por Hoffman (1960, 1977); Baumrind (1975); Samper (1999); Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser (2000) y Mussen y Eisenberg (2001).

El Análisis de Varianza llevado a cabo con la finalidad de estudiar el papel que ejerce el género en la conducta prosocial, corrobora la existencia de diferencias significativas en razón del sexo. Los resultados obtenidos muestran diferencias significativas a favor de las mujeres, nivel de significación de ,000. Las mujeres se manifiestan más altruistas y prosociales y tienen mayor disposición a salir de sí mismas y a ponerse en el lugar de los otros. Estos resultados se

hallan en la línea de otros estudios que también apoyan la superioridad de la mujer en la disposición prosocial y la empatía. Las mujeres, al compararlas con los varones, han demostrado comportamientos altamente altruistas, al tiempo que son más propensas a mantener conductas de interdependencia y atender a las necesidades de terceros (Carlo, Raffaelli, Laible y Meyer, 1999; Eisenberg, Miller, Shell, McNalley y Shea, 1991; Carlo, Eisenberg y Knight, 1992; Mestre, Pérez-Delgado, Tur, Díez, Soler y Samper, 1999; Mestre, Frías y Tur, 1997; Mestre, Pérez-Delgado, Frías y Samper, 1999; Mestre, Samper y Frías, 2002).

Asimismo, se ha observado que el curso o nivel educativo que estudian los adolescentes afecta al desarrollo de la conducta prosocial. Los jóvenes de niveles más avanzados y, por tanto, de más edad, cuentan con mayores posibilidades de manifestar conductas prosociales. Tienen mayor capacidad para salir de ellos mismos, y de tomar iniciativas teniendo en cuenta diferentes puntos de vista y opiniones ajenas (Tabla 3).

En una segunda fase de la investigación, y comprobadas las variables expuestas anteriormente, se ha procedido a analizar la fuerza de las variables predictoras, -materializadas en los cinco factores de la estructura de la personalidad, a saber, *Amistad, Energía, Apertura, Conciencia e Inestabilidad*, y los factores de los estilos de crianza de *Satisfacción, Apoyo, Disci-*

plina y Autonomía -, para discriminar los diferentes criterios establecidos con respecto a la Conducta Prosocial, en sus condiciones de Alta/Baja Conducta Prosocial.

Tabla 3. Variables descriptivas y conducta prosocial

Variable	CP	F	P
<i>Sexo</i>			
Hombre	23,70	4,365	,000
Mujer	25,750		
<i>Curso</i>			
Primero	24,328	1,774	,028
Segundo	24,663		
Tercero	25,081		
Cuarto	26,407		

Se ha recurrido a la técnica del análisis discriminante en Modo Análisis, dado que el objetivo es estudiar el efecto de las va-

riables estructurales de la personalidad y ambientales en la dimensión prosocial del sujeto, a partir de las condiciones de alta y baja prosocialidad. Estas condiciones se han tomado con el criterio de la media más una desviación típica (alta conducta prosocial) y la media menos una desviación típica (baja prosocialidad).

Los resultados del análisis discriminante “paso a paso” señalan que la función discriminante obtenida es estadísticamente significativa para diferenciar los dos grupos de conducta prosocial. El grupo con puntuaciones bajas en conducta prosocial está constituido por 116 sujetos y el grupo con puntuaciones altas por 105 adolescentes. La correlación canónica se sitúa en .703, nivel de significación .000, lo que indica que la dispersión entre ambas se debe a las diferencias entre los grupos y, por tanto, la función discrimina bien (Tabla 4).

Tabla 4. Análisis discriminante “paso a paso” (Lambda de Wilks) en función de la condición de menor o mayor conducta prosocial evaluada mediante el *Prosocial Behavior Scale* (CP)

Función	Autovalor	% Varianza	% Acumul.	Correlación Canónica	Contraste de las funciones	Lambda Wilks	Chi-2	Gl	p
1	,977	100.0	100.0	,703	1	,506	147.59	5	,000

El procedimiento analítico se ha desarrollado con la opción de grupos separados dado que las matrices de covarianza difieren entre sí (M de Box = 28.312, $F_{15, 189006.5} = 1.841$, $p = 0,024$). Por ello, la clasificación se ha obtenido atendiendo a las matrices de covarianza de los grupos para las funciones canónicas discriminantes en lugar de atender a las variables originales (M de Box = 1,534, $F_{1, 142917.4} = 1.527$, $p = 0,217$).

Por su parte, las predicciones de la función discriminante, utilizando los grupos de conducta prosocial, llegan a clasificar correctamente el 84,6% de media de los ca-

sos originales agrupados. Este porcentaje se distribuye entre el 83,6%, atribuido al grupo de menores manifestaciones prosociales, y el 85,7% correspondiente al grupo que presenta mayor conducta prosocial.

En cuanto a la asignación de los sujetos a los grupos, ésta se ha realizado atendiendo al grado de semejanza a las respuestas medias o centroides de la función discriminante, que son para el grupo de menor conducta prosocial 0,936 y para el grupo de mayor conducta prosocial -1,034.

El análisis reduce a cinco las variables que poseen suficiente fuerza para discriminar en el criterio de menor y mayor mani-

festación de conducta prosocial. Estas se refieren a *Amistad*, *Conciencia e Inestabilidad*, relativas a la estructura de la personalidad, y *Satisfacción* y *Disciplina*, a los estilos de crianza.

Los coeficientes de estructura representan los coeficientes de correlación de las puntuaciones de cada variable independiente con la función discriminante. La Tabla 5 permite constatar que, del total de variables que el análisis discriminante ha precisado seleccionar para llevar a cabo su función, la mayor contribución a la misma y, por consiguiente, con mayor poder discriminador en las categorías de *alta* y *baja* conducta prosocial, corresponde al factor *Amistad*, con el 0.907, lo que es indicador de la elevada asociación entre la variable independiente, *Amistad*, y la función discriminante. A ésta le siguen el factor *Conciencia*, con el 0.311; continuando con el de *Satisfacción con la crianza* (-0,198), *Inestabilidad* (-0,194) y, por último, *Disciplina* con un -0,55.

Tabla 5. Saturaciones de las variables independientes en la función discriminante

Variables independientes		
Cuestionario	Factores	Función I
BFQ	Amistad	,907
	Energía ^(a)	,399
	Apertura ^(a)	,373
	Conciencia	,311
	Inestabilidad	-,194
PCRI-M	Satisfacción	-,198
	Apoyo ^(a)	-,080
	Disciplina	-,055
	Autonomía ^(a)	-,002

^(a) Esta variable no se emplea en el análisis

De estas variables, unas corresponden al ámbito de la estructura de la personalidad, caso de *Amistad*, *Conciencia e Inestabilidad*. Y otras a la dimensión ambiental, referidas a facetas implícitas en los hábitos

de crianza o estilos educativos. Estas últimas corresponden a las variables *Satisfacción* y *Disciplina*, tal como las evalúa el *Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M)*.

Asimismo, cabe señalar que, de las cinco variables seleccionadas por el análisis discriminante, únicamente cuentan con poder discriminador cuatro, ya que la variable *Disciplina* no muestra diferencias estadísticamente significativas entre las medias de los dos grupos, *alto* y *bajo*, en Conducta Prosocial. El resto de las variables no han sido incluidas en la función discriminante (Tabla 5).

Estos resultados traen a colación la fuerza de la estructura de la personalidad en la explicación del comportamiento prosocial. El factor *Amistad*, junto con el de *Energía* del mismo cuestionario, aunque éste último no esté incluido en el análisis, obtienen índices correlacionales elevados (tabla 5). El primero, que alude a las cualidades de la interacción y al mantenimiento de las relaciones sociales, comprende, de un lado, la cooperación o empatía referida a la capacidad de mostrar sensibilidad hacia otros y hacia las necesidades ajenas y, de otro, la educación o tendencia a atribuir intenciones benévolas a los demás y de ser agradable con ellos. Se refiere, pues, al nivel afectivo y el cognitivo de la empatía (Davis, 1980; Mestre, Pérez-Delgado, Frías y Samper, 1999). El segundo, *Energía*, engloba la cantidad y la calidad de las relaciones interpersonales. Apela a lo que en términos científicos se conoce por *extraversión* o *surgency* (McCrae y Costa, 1987).

El otro factor con poder discriminador es el de *Conciencia*. Éste se refiere a la capacidad de autorregular la propia conducta, es decir, a la facultad del sujeto de organizar sus propios actos de forma que le dirijan hacia la meta definida con anterioridad. Esto implica, asimismo, la necesidad de

perseverar en la acción, o acciones trazadas, y mantener la motivación necesaria para no abandonar la tarea hasta conseguir los objetivos trazados.

Por todo ello, cabe señalar que los principales atributos personales que facilitan la conducta prosocial se refieren tanto a la facultad del sujeto de empatizar y de atribuir intenciones benévolas a los otros, como a la capacidad de autorregular su propia conducta. En el primer aspecto hablamos de la dimensión afectiva y cognitiva del sujeto, dado que para atribuir intenciones benévolas a los demás es necesario salir de uno mismo y ponerse en el lugar de los otros. Por su parte, la autorregulación de la conducta requiere de un razonamiento más propio de la dimensión cognitiva.

Resultados semejantes obtienen Mestre, Samper y Frías (2002) y están en la línea de las investigaciones desarrolladas por Hoffman, (Hoffman, 2001); Bandura *et al*, (Bandura, 1999; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino y Pastorelli, 2003); Caprara y *col.* (Caprara, Pastorelli, 1993, 1996; Caprara, Pastorelli y Bandura, 1995) y Eisenberg y *col.* (Eisenberg, 2000; Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser, 2000; Mussen e Eisenberg, 2001).

Junto a ello, aparecen con poder discriminador, y a cierta distancia, las variables *Inestabilidad* (del BFQ) y *Satisfacción con la crianza* (del PCRI-M) ambas con signo negativo. Estas últimas variables muestran un índice de correlación bajo (-0,194 para *Inestabilidad emocional* y -0,198 para *Satisfacción*) pero estadísticamente significativo, lo cual es indicador de la existencia de cierta interferencia negativa con la conducta prosocial manifestada por el sujeto.

Los sujetos inestables emocionalmente y con escasas aptitudes para controlar las emociones y los impulsos tienden a comportarse de forma menos altruista y con inclinación a centrarse en sí mismos, es decir, son sujetos que tienen dificultades para

desarrollar conductas prosociales y están más pendientes de lo que les ocurre a ellos mismos. Resultados semejantes fueron observados por Caprara y Pastorelli (1993).

Con respecto al peso que ejercen los hábitos de crianza en las conductas prosociales se observa poca interferencia entre ambos extremos. Al igual que ha ocurrido en otras investigaciones parece que la prosocialidad mantiene mayor relación con factores estructurales de la personalidad que con factores ambientales. Con todo, el factor de *satisfacción por la crianza* muestra un mayor poder discriminador. Se apunta, de esta forma, que la cantidad de placer y bienestar que se percibe por ser madre conecta en cierta forma, con el desarrollo de la conducta altruista y prosocial.

Conclusiones

Sobre la base de los resultados obtenidos cabe concluir que la agresividad física y verbal se encuentra fuertemente relacionada con la inestabilidad emocional y, a la vez, con la inhibición de la conducta prosocial y de la capacidad de empatizar y de mantener relaciones interpersonales altruistas.

En cualquier caso, la inestabilidad emocional, como constructo psicológico, dirige al sujeto hacia el desarrollo de conductas centradas en sí mismo. De la misma manera, estimula la emisión de conductas agresivas, tanto verbales como físicas. Por todo ello, y a la vista de los resultados, se puede considerar que la inestabilidad emocional se convierte en un factor de riesgo que potencia la agresión y, a la vez, merma el mantenimiento de relaciones sociales cálidas y altruistas. Es más, se puede añadir, también, que la estabilidad emocional, como factor estructural de la personalidad, puede salvaguardar a la persona de manifestaciones agresivas, físicas o verbales, al tiempo que puede estimular las conductas

prosociales y de acercamiento a los demás. Semejantes conclusiones se obtienen también de la conducta prosocial. Los sujetos con tendencia a mantener relaciones marcadas por la facultad de salir de uno mismo y la capacidad de colocarse en el lugar de los otros cuentan con mayores recursos para inhibir la agresión.

En esta línea se encuentran los resultados obtenidos por Caprara y su equipo de investigación. Estos autores hallaron la misma relación inversa entre la agresión y la conducta prosocial e, igualmente, observaron el papel que la inestabilidad emocional ejerce sobre el control de los acontecimientos diarios que viven los sujetos (Caprara y Pastorelli, 1993; Miller y Eisenberg, 1988). Dicho control es importante para estimular la capacidad de adaptación del individuo al entorno y facilitar unas relaciones interpersonales positivas. En este sentido, parece probable que la inestabilidad emocional conduce a la falta de control de la persona para hacer frente a las diferentes situaciones que vive. La estabilidad emocional facilita el control de las emociones y de los impulsos, lo cual ayuda a buscar los recursos necesarios para dirigir la conducta hacia el diálogo y para alcanzar los acuerdos entre opiniones encontradas. Esto es posible cuando la persona es capaz de mantener la suficiente serenidad para salir de sí misma y ponerse en la piel de los otros.

De esta forma, nos encontramos de pleno en el nivel de los pensamientos y de los sentimientos (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001). Estos pensamientos y sentimientos forman parte implícita de la emisión de conductas controladas o incontroladas que tienen repercusión social y emocional. La autopercepción de ineficacia por parte del sujeto predice la emisión de conductas antisociales aún cuando, en otras circunstancias, se logran controlar ni-

veles más altos de conducta transgresiva (Caprara, Regalia y Bandura, 2002)

En cuanto a los hábitos de crianza y sus efectos en las conductas inadaptadas de los adolescentes, los resultados traen a colación la existencia de cierta conexión entre ambos extremos. Los factores de la crianza de los padres de *Apoyo, Autonomía, Disciplina y Satisfacción por la crianza* correlacionan con la emisión de las conductas de los hijos marcadas por una estabilidad emocional y una baja agresividad. Así, se observa que la capacidad de los padres para estimular relaciones amparadas por el afecto y la comunicación en el seno familiar, fomentando criterios disciplinarios consistentes que faciliten vías de actuación en la prole y les aporte referencias claras sobre las líneas de acción a seguir, inhibe la agresión y ayuda a establecer relaciones positivas con el entorno. La relación significativa negativa mantenida entre los hábitos de crianza y constructos psicológicos de Inestabilidad emocional y Agresión orienta a concluir que buenos hábitos de crianza protegerán la posible aparición de trastornos emocionales.

En otro sentido, cabe reseñar que la disposición prosocial se relaciona estrechamente con la estructura de la personalidad, y dentro de ella con los factores de *Amistad y Conciencia*. Los resultados corroboran el peso que la estructura de la personalidad tiene en la prosocialidad. Es importante, pues, tanto la capacidad del sujeto de cooperar con los otros, como la facultad de autorregular la misma conducta, organizando los propios actos de manera que vayan dirigidos a conseguir la meta u objetivos previamente definidos. Las manifestaciones de sensibilidad hacia las necesidades ajenas, así como la capacidad de atribuir intenciones positivas y benévolas a las reacciones o conductas de terceros, se ayudan de la autorregulación de la propia con-

ducta y ambas interaccionan con el desarrollo de la prosocialidad.

Con referencia a la variable *sexo*, se constata el género como factor que influye en la conducta prosocial al mostrar a las mujeres más altruistas que los varones. El sexo femenino mantiene mayor propensión a colocarse en el lugar de los otros, a tomar iniciativas y a actuar atendiendo a las expectativas y demandas de los demás. Las mujeres son, en último extremo, más prosociales que los varones. Y en cuanto a la maduración, observada a partir del *nivel de estudios*, se comprueba que a mayor nivel educativo mayor capacidad para colocarse en el punto de vista de terceros y para des-

arrollar conductas altruistas y prosociales. Estos resultados están en la línea de los obtenidos en otras investigaciones llevadas a cabo por Carlo, Eisenberg y Knight (1992); Eisenberg, Miller, Shell, McNalley y Shea (1991); Mestre, Pérez-Delgado, Tur, Díez, Soler y Samper (1999); Mestre, Frías y Tur (1997); Mestre, Pérez-Delgado, Frías y Samper (1999); Calvo, González y Martorell (2001). En todas ellas, las mujeres, al ser comparadas con los varones, han demostrado comportamientos más altruistas, al tiempo que son más propensas a mantener conductas de interdependencia y atender a las necesidades de terceros.

Referencias

- Bandura, A. (1973): *Aggression: a social learning analysis*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.
- Bandura, A. (1991): Human Agency: the rethoric and the reality. *American Psychologist*, 46, 157-162.
- Bandura, A. (1999): Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Pastorelli, C. y Regalia, C. (2001): Sociocognitive self-regulatory mechanisms governing transgressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 125-135.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Gerbino, M. y Pastorelli, C. (2003): Role of Affective self-regulatory efficacy in diverse spheres of psychosocial functioning. *Child Development*, 74, 769-782.
- Barbaranelli, C., Caprara, G.V. y Rabasca, A. (1998): *Manual of BFQ-C. Big Five Questionnaire Children*. O.S. Organizzaioni Speciali-Firenze.
- Baumrind, D. (1967): Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology Monographs*, 75, 43-88.
- Baumrind, D. (1973): The development of instrumental competence though socialization. En A.D. Pick (ed.). *Minnesota Symposid on child psychology* (vol. 7, pp. 3-47) Minneapolis.
- Baumrind, D. (1975): Some thoughts about childrearing. En U. Bronfenbrenner y M. Mahoney (eds). *Influences on human development*. Hinsdale, IL: Dryden Press .
- Berkowitz, L. (1974): *Aggression: its causes, consequences and control*. McGraw-Hill, New York
- Berkowitz, L. (1989): Frustration-aggression hypothesis: examination and reformulation. *Psychological Bulletin*, 106, 59-73.
- Berkowitz, L. (1993): Some determinants of impulsive aggression: the role of mediated association with reinforcement for aggression. *Psychological Review*, 81, 165-176.
- Brambring, M., Losel, F. y Skowronek, H. (eds) (1989): *Children at Risk: assessment, longitudinal research and intervention*. De Gruyter, New York.
- Calvo, A.J., González, R. y Martorell, M.C. (2001): Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 93, 95-111
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1989): "Toward a reorientation of research on aggression", *European Journal of Personality*, 3, 121, 138.
- Caprara, G.V. y Perugini, M. (1991): L'Approccio Psicolesicale e l'emergenza dei Big Five nello studio della Personalita. *Giornale Italiano di Psicologia*, 18(5), 721-747.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1993): "Early emotional instability, prosocial behaviour, and aggression: some methodological aspects", *European Journal of Personality*, 7, 19-36.

- Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Borgogni, L. y Perugini, M. (1993): "The Big Five Questionnaire: a new questionnaire for the measurement of the Five Factor Model", *Personality and Individual Differences*, 15, 281-288.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Borgogni, L. y Perugini, M. (1994): Individual differences in the study of human aggression. *Aggressive Behavior*, 20, 291-303
- Caprara, G.V., Pastorelli, C. y Weiner, B. (1994): "At-risk children's causal inferences given emotional feedback and their understanding of the excuse-giving process", *European Journal of Personality*, 8, 31-43.
- Caprara, G.V., Pastorelli, C. y Bandura, A. (1995): La misura del desinpegno morale in età evolutiva. *Eta evolutiva*, 51, 18-29
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1996): Indicadores precoces de la adaptación social. En J. Buendía (ed.): *Psicopatología en niños y adolescentes*. Madrid. Pirámide.
- Caprara, G.V. y Zimbardo, P.G. (1996): Aggregation and amplification of marginal deviations in the social construction of personality and maladjustment. *European Journal of Personality*, 10, 79-110.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C. y Zimbardo, P.G. (1996): Understanding the complexity of human aggression: affective, cognitive and social dimensions of individual differences in propensity toward aggression. *European Journal of Personality*, 10, 133-155.
- Caprara, G.V., Regalia, C. y Bandura, A. (2002): Longitudinal impact of perceived self-regulatory efficacy on violent conduct. *European Psychologist*, 7, 63-69
- Carlo, G. Eisenberg, N. y Knight, G.P. (1992): An objective measure of adolescents' prosocial moral reasoning. *Journal of Research on Adolescence*, 2, 331-349.
- Carlo, G., Raffaelli, M., Laible, D. y Meyer, K.A. (1999): Why are Girls Less Physically Aggressive than boys? Personality and Parenting Mediators of Physical Aggression. *Sex Roles*, 40 (9-10), 711-729
- Carrasco, M.A. (2001): *Estructura de la personalidad y Emociones infantiles*, Tesis doctoral. UNED. Madrid.
- Cummings, E. M. y Zhan-Waxler, C. (1992): Emotions and the socialization of aggression: adults' angry behavior and children's arousal and aggression. In Fraczek, A. y Zumkley, H. (eds.): *Socialization and Aggression* (pp. 61-84) Springer, Berlin.
- Davis, M.H. (1980): A multidimensional Approach to Individual Differences in Empathy. *ISAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, 10, 85.
- Del Barrio, M.V. (1998): Educación y nuevos tipos de familia. *Psicología Educativa*, 4, 23-47
- Del Barrio, M.V., Moreno, C. y López, R. (2001): Evaluación de la agresión e inestabilidad emocional en niños españoles y su relación con la depresión. *Clinica y Salud*, 13, 33-50.
- Dodge, K.A. y Crick, N.R. (1990): Social information-processing bases of aggressive behavior in children. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 16, 8-22.
- Dodge, K.A., Bates, J.E. y Pettit, G.S. (1990): Mechanisms in the cycle of violence. *Science*, 250, 1678-1683.
- Dunn, H. y Plomin, R. (1990): *Separate lives: why siblings are so different*, Basic Books, New York.
- Eisenberg, N., Miller, P.A., Shell, R., McNalley, S. y Shea, C. (1991): Prosocial development in adolescence: A longitudinal Study. *Developmental Psychology*, 27, 849-857.
- Eisenberg, N. (2000): Emotion, Regulation and Moral Development. *Annual Review of Psychology*, 51, 665-697
- Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K. y Reiser (2000): Dispositional emotionality and regulation: their role in predicting quality of social functioning. *Journal Personality and social psychology*, 78, 136-157.
- Eron, C.D. y Huesmann, L.R. (1984): The relation of prosocial behavior to the development of aggression and psychopathology. *Aggressive Behavior*, 10, 201-211
- Gerard, A.B. Ph.D (1994): *Parent-child relationship inventory*. Westerns Psychological Services (WPS). Los Angeles, California.
- Grusec, J.E., Goodnow, J.J. y Kuczynski, L. (2000): New directions in analyses of parenting contributions to children's acquisition of values. *Child Development*, 71, 205-211
- Hartup, W.W. y van Liesthout, C.F.M. (1995): Personality development in social context. *Annual Review of Psychology*, 46, 655-687.
- Hoffman, L.W. (1960): Power assertion by the parent and its impact on the child. *Child Development*, 31, 129-143.
- Hoffman, M.L. (1977): Moral internalization: current theory and research. En Berkowitz, L. (ed.). *Advances in Experimental Social Psychology*. (Vol. 10) New York. Academic Pres.
- Hoffman, M.L. (2001): Toward a comprehensive empathy based theory of prosocial moral development. In A.C. Bohart & D.J. Stipek (eds), *Constructive and destructive behavior* (pp. 61-86). Washington, DC:

- American Psychological Association.
- Kazdin, A.E. (1985): *Treatment of Antisocial Behavior in children and Adolescents*. Homewood, IL: Dorsey Press
- Kazdin, A.E. y Buela-Casal, G. (1996): *Conducta Antisocial*. Pirámide, Madrid
- McCrae, R.R. y Costa, P.T. Jr. (1987): "Validation of the Five Factor Model of personality across instrument and observers", *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 81-90.
- Mestre, M.V., Frías, D. y Tur, A.M. (1997): Variables personales y empatía. En V. Mestre y E. Pérez-Delgado (dirs.): *Cognición y afecto en el desarrollo moral*. Valencia,. Promolibro (163-195).
- Mestre, V., Pérez-Delgado, E., Frías, D. y Samper, P. (1999): Instrumentos de evaluación de la empatía. En E. Pérez-Delgado y V. Mestre: *Psicología moral y crecimiento personal*. Barcelona. Ariel.
- Mestre, V., Pérez-Delgado, E., Tur, A.M., Díez, I., Soler, J.V. y Samper, P. (1999): El razonamiento prosocial en la infancia y en la adolescencia. Un estudio empírico. En E. Pérez-Delgado y V. Mestre (Dirs.): *Psicología moral y crecimiento personal*. Barcelona. Ariel (pp. 259-284).
- Mestre, M.V., Samper, P., Tur, A. y Díez, I. (2001): Estilos de crianza y desarrollo prosocial de los hijos. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54, 691-703.
- Mestre, V., Samper, P. y Frías, D. (2002): Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232.
- Miller, P.A. y Eisenberg, N. (1988): "The relation of empathy to aggressive behavior and externalizing antisocial behavior". *Psychological Bulletin*, 103, 324-344.
- Mussen, p. y Eisenberg, N. (2001): Prosocial development in context. In A.C. Bohart & D.J. Stipek (eds), *Constructive and destructive behavior* (pp. 61-86). Washington, DC: American Psychological Association.
- Patterson, G.R. (1982): *Coercitive family interacciones*. Castalia, Eugene, OR
- Prior, M. (1992): Childhood temperament. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 33, 249-279.
- Rappaport, H. (1990): *Marking Time*. Simon and Schuster, New York.
- Roa, L. y del Barrio, M.V. (2001): Adaptación del Cuestionario de Crianza Parental (PCRI-M) a población española. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 33, 329-341.
- Roa, L. y del Barrio, M.V. (2002): Cuestionario de percepción de crianza para niños y adolescentes. *Psicología educativa*, 8, 37-51
- Samper, P. (1999): *Variables familiares y formación en valores*. Tesis doctoral. Facultad de Psicología. Universidad de Valencia.
- Tubman, J.G. y Windle, M. (1995): Continuity of difficult temperament in adolescence: relations with depression, life events, family support, and substance use across a oneyear period. *Journal of Youth and Adolescence*, 24, 133-153.
- van den Bloom, D.C. y Hoeksma, J.B. (1994): The effect on infant irritability on mother-infant interaction: a growth-curve analysis. *Developmental Psychology*, 30, 581-590.